

Historia, historiografía e interpretación. Propuestas para una historia de la mediación lingüística oral

Icía ALONSO
Universidad de Salamanca

Como citar este artículo:

ALONSO, Icía (2008) «Historia, historiografía e interpretación. Propuestas para una historia de la mediación lingüística oral», en PEGENAUTE, L.; DECESARIS, J.; TRICÁS, M. y BERNAL, E. [eds.] *Actas del III Congreso Internacional de la Asociación Ibérica de Estudios de Traducción e Interpretación. La traducción del futuro: mediación lingüística y cultural en el siglo XXI. Barcelona 22-24 de marzo de 2007*. Barcelona: PPU. Vol. n.º 2, pp. 429-440. ISBN 978-84-477-1027-0. Versión electrónica disponible en la web de la AIETI:
<http://www.aieti.eu/pubs/actas/III/AIETI_3_IA_Traduccion.pdf>.



Historia, historiografía e interpretación.

Propuestas para una historia de la mediación lingüística oral*

Icía Alonso
Universidad de Salamanca

1. Historia e interpretación

La interpretación, como actividad cotidiana y como práctica cultural, ha estado presente a lo largo de la historia allí donde ha habido cruce de lenguas, culturas y tradiciones. Ha sido una historia repleta de extras y secundarios en el papel de puentes lingüísticos, a los que se les ha adjudicado la misión de acercar formas de pensar y actuar muy distintas. Aunque la historia cultural apenas ha considerado objeto de su investigación esa actividad del mediador lingüístico, las fuentes historiográficas sí nos proporcionan hoy materiales valiosos para ello. Es cierto que estamos todavía lejos de disponer de una visión global y globalizada de lo que ha sido la actividad traductora a lo largo de sus 4.500 años de historia (Santoyo 2004: 68), y esas lagunas incluyen, en particular, la historia de la interpretación. En este campo, además de carecer de esa visión global que menciona Santoyo, escasean también los trabajos parciales o fragmentarios sobre periodos históricos concretos.

Comparada con otras, la interpretación no deja de ser una disciplina muy reciente en nuestro ámbito académico —las primeras escuelas de interpretación nacen en Europa a mediados del siglo xx— como para contar con una amplia tradición investigadora sobre su propia evolución histórica. Por otra parte, los actores secundarios muy pocas veces han estado bajo los focos de los eruditos, centrados preferentemente en describir y analizar categorías generales (los movimientos políticos, las tendencias económicas, las estructuras sociales, etc.) y en conocer con exhaustividad los detalles referidos a las grandes figuras del acontecer histórico.

No obstante, en las últimas décadas del siglo xx se ha puesto de relieve el interés que tiene para la ciencia histórica estudiar, junto a los grandes paradigmas normativos, el comportamiento de los individuos en el seno de esos entramados sociales. La reivindicación de la microhistoria como objeto de estudio y el desplazamiento de la atención hacia lo «normal excepcional» (Grendi 1977) han destacado la trascendencia de personajes y eventos olvidados por el investigador pero muy valiosos para entender cómo funcionan en la vida cotidiana las grandes categorías de pensamiento y los paradigmas históricos dominantes. Una historia que intente comprender cómo los actores sociales dan sentido a sus prácticas y a sus discursos debería tener como objeto fundamental, sugiere Chartier (1998: 97), por un lado, la tensión entre las capacidades inventivas de los individuos o de las comunidades y, por otro, las normas y convenciones que ejercen presión y delimitan aquello que es aceptable pensar, enunciar y hacer. Creemos que esta afirmación se aplica por igual a la historia de las prácticas, de los oficios y de las profesiones, cuyo sentido está también delimitado por un sinfín de convenciones que definen, para cada comunidad, cuáles son los comportamientos legítimos y las normas admitidas.

* Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación I+D HUM2006-05403/FILO, del Ministerio de Educación y Ciencia.

Dentro de esta historia de las prácticas culturales, la actividad mediadora que atañe al oficio de intérprete nos parece encontrar un lugar idóneo de estudio. Por dos motivos principales: el primero es que, como práctica cotidiana, ha vertebrado todos aquellos acontecimientos históricos cuyos protagonistas, principales y/o secundarios, no compartían una misma identidad cultural y lingüística. Y la mayoría de las veces lo ha hecho desde la total invisibilidad, como muestran algunos de los trabajos sobre la historia de la profesión. El segundo motivo es que, como práctica cultural, la actividad del intérprete, al igual que la del traductor, ha contribuido consciente o inconscientemente a forjar esa misma identidad, de forma muy particular en aquellos proyectos políticos e ideológicos de carácter imperialista, como ha ocurrido en los procesos de conquista, descolonización y posterior independencia de territorios culturalmente extraños. Desde este punto de vista, el uso de la microhistoria, al reflejar el modo en que los individuos producen ellos mismos el mundo social a partir de sus alianzas y conflictos, de sus racionalidades y estrategias individuales (Chartier 1998: 89), puede servir a la historia de la interpretación para dibujar el perfil de los intérpretes en distintos periodos históricos y para documentar su propio ejercicio profesional. Eso contribuirá a colmar alguna de las muchas lagunas que nos impiden hoy disponer de un relato significativo.

2. La historiografía y las fuentes para la historia de la interpretación

La invisibilidad del intérprete que acabamos de evocar, tanto si participa en eventos históricos como si se trata simplemente del ejercicio cotidiano de la profesión, tiene su reflejo en las fuentes historiográficas. Desde el punto de vista metodológico, la investigación en historia de la interpretación trabaja con una serie de particularidades que son inherentes a su objeto de estudio y que comparte en algunos casos con la historia de la traducción. La lista que presentamos no pretende ser exhaustiva, pero sí recoger las más significativas.

Volatilidad del soporte oral

El carácter puramente oral de la actividad del intérprete y del producto de su interpretación explica la falta de registros, en el sentido de «huellas» que le atribuye la historiografía. En los relatos históricos los intérpretes suelen ser anónimos y su voz brilla por su ausencia. La escasez de registros del producto final de la interpretación llega hasta al menos las primeras décadas del siglo xx. En el caso de la interpretación de conferencias y de las reuniones bilaterales de alto nivel, las actas literales o resumidas de reuniones celebradas en consecutiva ayudan a paliar esta penuria; la llegada de la simultánea a la interpretación de conferencias y de tribunales significó también la conservación de archivos sonoros cuyo material nos permite ahora la transcripción, cotejo y estudio de esas fuentes. Otra cosa muy distinta sucede con la interpretación de enlace, donde la escasez de registros no sólo afecta al producto sino a la propia actividad del intérprete (y aquí las fuentes gráficas pueden suplir y/o completar esa falta de información). El intérprete de enlace que ha acompañado a los protagonistas de muchos acontecimientos históricos suele dejar pocas huellas en las fuentes escritas, a menos que su labor se institucionalice o que participe indirectamente en un acontecimiento verdaderamente excepcional. Su actividad cotidiana de mediación lingüística sólo aparece reflejada, en todo caso, de forma colateral e indirecta, pues

interviene en los hechos como mero actor de reparto. Por la misma razón, en la mayoría de los casos simplemente no existe un material textual directo sobre el que fundamentar la investigación. Tampoco son frecuentes las autobiografías de intérpretes, aunque en el siglo xx y a principios del xxi algunos intérpretes diplomáticos sí han publicado sus memorias (Schmidt 1949; Ackermann 1993; Berezhkov 1994; Palazchenko 1997; Samán Abdul Mayid, el intérprete de Sadam Hussein, en 2003, entre otros).¹

Algo parecido sucede en la historia de la traducción, donde la frontera entre visibilidad e invisibilidad del autor ha estado marcada, sobre todo, por el soporte *libro* como objeto de traducción, mientras que la actividad diaria de las traducciones cotidianas, estrictamente prácticas, suele quedar mucho más relegada (Santoyo 2004: 71):

La traducción en cualquiera de sus variantes (escrita, oral, compendiada, etc.) se extendió así en la Edad Media, entre los siglos viii y xv, a ámbitos mucho más amplios que los puramente librescos, ámbitos casi todos de carácter pragmático, puntual e inmediato[...]. La presencia de estas formas *prácticas* o cotidianas de traducción no ha quedado, desde luego, tan bien documentada como la de las traducciones de carácter *cultural* [...], pero no por ello merece el silencio historiográfico que hasta ahora la ha envuelto.

Las prácticas cotidianas de interpretación, aun formando parte de la vida diaria de numerosas comunidades durante siglos de historia, suelen dejar huellas mucho más tenues que las hacen, desde luego, difíciles de compilar. En lo que atañe a la Península, son muy llamativos los silencios que afectan a la Alta y Baja Edad Media, con una actividad interpretativa frecuentísima entre los alfaqueques, por ejemplo, o a los distintos virreinos de la América colonial (donde los «lenguas» o intérpretes de las Indias desarrollaron tareas de mediación de extraordinaria complejidad).

Dispersión de fuentes primarias

La investigación histórica accede al conocimiento del pasado a través de los textos que lo organizan, lo modelan y lo representan (Chartier 1998). Aunque entendamos aquí el texto en su sentido más amplio de huella o documento escrito, oral o visual, que registra el testimonio de un personaje o de un hecho acontecido en otra época, nos encontramos con grandes dificultades para acceder a este tipo de fuente en muchos periodos históricos. Muy pocos relatos presentan de forma monográfica la actividad cotidiana o momentánea del intérprete, y lo mismo podemos decir de la investigación sociológica o antropológica actual sobre cuestiones directamente vinculadas a la comunicación intercultural (dicho sea de paso, es lo que ocurre con todo el conglomerado de profesiones y materias relacionadas hoy en día con la inmigración y la interpretación en los servicios públicos). En el caso de las Indias en la época colonial, por ejemplo, cuando no existe cargo o nombramiento oficial, es muy raro encontrar registro del intérprete *ad hoc* (piloto, contador, escribano, oidor...) empleado en cada situación particular. Su presencia resulta muy difusa antes de la institucionalización (profesionalización) del oficio y, por regla general, la historiografía omite su presencia.

¹ Algunos de estos materiales han sido ya utilizados como fuente en varios trabajos sobre la evolución de nuestro oficio. Cf. Baigorri (2000) y (2004).

En cambio, sí contamos con abundantes testimonios indirectos sobre un oficio que, desde luego, no ha sido en sí mismo un objeto historiográfico. Y en este contexto, el recurso a las fuentes no puede quedar limitado al archivo documental en sentido estricto, sino que en el estudio de la actividad humana son fuente todas las huellas que los protagonistas de los hechos han dejado tras de sí como noticia de su paso (Febvre 1982: 29-30). Cualquiera de ellas se convierte en documento para el historiador desde el momento en que sabe cómo interrogarla y ponerla al servicio de sus preguntas. A este respecto, los documentos más preciosos suelen ser aquellos que en un principio no estaban destinados a informarnos (Ricoeur 1985: 175). Así que en la historia de la interpretación tenemos la posibilidad de descubrir, construir y deconstruir nuestras propias fuentes historiográficas (Baigorri 2006; Foz, 2006) sin que ello suponga necesariamente una intervención subjetiva ilegítima por parte del investigador. Para la historiografía ese apoyo en el material real, en el pasado que deja huella en el archivo —imagen, fotografía, crónica, archivo sonoro o audiovisual, etc.— es precisamente lo que distingue la narración histórica de cualquier otro tipo de relato, por ejemplo literario, en su intento de comprender la experiencia histórica (Chartier 1998: 103). Este tipo de fuentes, junto con el resto de disciplinas científicas, nos permite rastrear de qué forma el intérprete y las personas e intenciones involucradas en su oficio se inscriben en sistemas sociales y culturales de normas y representaciones colectivas donde intervienen distintas relaciones de poder y juegos de lenguaje. Un ejemplo muy concreto es el de la lectura de fuentes iconográficas, que hemos utilizado en otro lugar para estudiar la percepción del intérprete en una serie de representaciones visuales de la época colonial (Alonso y Baigorri 2005).

Subjetividad y verosimilitud de algunas fuentes

La proliferación de fuentes indirectas en las que aparecen mezclados crónicas y relatos personales es otra característica del trabajo historiográfico en historia de la interpretación. Este tipo de discursos, a veces híbridos en cuanto a la autoría y a su finalidad, plantea la dificultad de aclarar si se trata de textos de carácter histórico o simplemente literario y cuál puede ser su componente de verosimilitud. Si, por otra parte, decidimos ampliar nuestro concepto de fuente documental, se requiere una crítica rigurosa de las fuentes que apoye la labor historiográfica al menos en estos tres aspectos: 1) identificando en ellas las estrategias discursivas, ya sean orales o escritas, y distinguiéndolas de otras que tienen carácter de mero registro informativo;² 2) cotejando los hechos narrados con otras fuentes sincrónicas y/o diacrónicas; y 3) proporcionando datos sobre el carácter pragmático de la fuente, por ejemplo, sobre la procedencia y, muy especialmente, la finalidad de dicha fuente (para qué y para quién se escribe, qué función tiene en cada caso el registro de datos).

El filtro que supone distinguir las estrategias discursivas de aquellas meramente informativas puede y debe aplicarse tanto al relato que en un momento dado tiene carácter de fuente como al propio discurso del investigador. Este último organiza y reconstruye en una forma narrativa la información que ha recogido, ficcionaliza, por así decir, la historia en un intento de representar el pasado de manera verosímil. Ahora bien, esa construcción de la historia no apunta tanto a la invención o a la imaginación, ni constituye en sí misma un impedimento epistemológico, pues obedece a la estructura

² En lo que respecta a las crónicas de Indias, hay ya varios trabajos útiles procedentes de la antropología (Arellano-Del Pino 2004) y del análisis semiótico (Fossa 2006).

necesariamente relatada con la que reflexionamos sobre nuestro propio pasado (Ricoeur, 1985: 279, 322). Y lo mismo sucede con las grandes categorías que nos sirven para el análisis (Chartier 1998: 92):

Toda obra de historia, incluso la menos narrativa, y aun la más estructural, está siempre construida a partir de las fórmulas que gobiernan la producción de relatos. Las entidades que manejan los historiadores (sociedades, clases, mentalidades) son en realidad ‘cuasi-personajes’, dotados implícitamente de propiedades.

Esta discusión sobre el grado en que el propio historiador interviene en la creación de sus fuentes y en el mismo relato histórico alcanza también a aspectos metodológicos relacionados con su propia perspectiva espacio-temporal. Entre ellos está la muy debatida cuestión de la periodización en la historia de la traducción y la interpretación. Las temporalidades históricas mantienen una estrecha vinculación con el tiempo subjetivo, pues constituyen precisamente los eslabones que conectan el tiempo vivido, por una parte, y el tiempo físico o tiempo universal, por otra, igual que sucede con el resto de los paradigmas y categorías conceptuales que nos sirven de herramientas de investigación (Ricoeur 1985: 153 y 331). Como recuerda Clara Foz (2006), dentro de la historia de la traducción, y también de la interpretación, las periodizaciones sólo pueden ser subjetivas y están necesariamente conectadas con la época y las instituciones que las llevan a cabo.³

La historia de la traducción escrita por europeos (o, en general, por occidentales) se ha basado, en efecto, en la división modernista del espacio en términos eurocentristas y en una secuenciación de los acontecimientos según el calendario grecorromano o judeocristiano (Bandia 2006: 51). También la historia de la traducción y de la interpretación en épocas coloniales que se empieza a construir en las últimas décadas desde Occidente se está relatando con criterios casi exclusivamente coloniales en lo que atañe a su periodización, que han ignorado o relegado —y así lo señalan los estudios culturales y la teoría postcolonial— otros periodos culturales o políticos anteriores de gran importancia para las otras civilizaciones, como si nunca antes de la colonia hubiera habido traducción o interpretación.

Pero eso no implica que nuestra tarea más urgente tenga que ser ahora desoccidentalizar la historia de la traducción, como sugiere Santoyo (2006: 38), sino más bien ser conscientes de que nuestro discurso histórico se desarrolla en forma de relato y de que este relato funciona también —ya se trate de traducción o de interpretación— como discurso de representación. Vistas así las cosas, la neutralidad absoluta en el método nos parece una aspiración utópica; nuestras bases conceptuales son occidentales, como lo es también nuestra perspectiva del mundo y de la historia, y no parece sencillo que podamos evitar proyectar nuestros focos desde una óptica concreta, cualquiera que sea ésta. Sin renunciar por ello a la objetividad y al rigor investigador, se trataría más bien de escuchar otras voces con sonidos diferentes y de abrirse a nuevos enfoques complementarios y enriquecedores.

³ Julio Aróstegui (2004) ofrece una excelente plataforma para el debate sobre la periodización de la historia más contemporánea, la denominada historia del presente o «historia coetánea», en una obra que destaca justamente la proximidad al sujeto de los hechos vividos.

De ahí la necesidad de constituir equipos de investigación y foros internacionales donde tengan cabida otras perspectivas no occidentales. La red IATIS (*Internacional Association for Translation and Cultural Studies*), creada en 2003 para promover la interacción entre estudiosos de todo el mundo en cuestiones de traducción y comunicación intercultural, trabaja ya en esa dirección y constituye un buen ejemplo de este tipo de comunidades de investigación. Más centrado en la historia de la traducción/interpretación y en el ámbito geográfico de América Latina, el grupo de investigación HISTAL (*Histoire de la Traduction en Amérique Latine*), puesto en marcha en 2004 por G. Bastin desde la universidad de Montreal, recoge igualmente las aportaciones de historiadores de todo el mundo que intercambian sus experiencias y reflexiones en una plataforma digital.⁴

3. Algunas propuestas metodológicas. Los objetos de estudio

Este somero análisis de las fuentes lleva a pensar que estamos ante materiales muy diversos pero complementarios, que ninguno de ellos es capaz de reflejar en exclusiva la totalidad de perspectivas de un mismo hecho histórico y que cada uno aporta, sin embargo, elementos para su comprensión.

Dentro de la historia de la traducción, cada vez estamos prestando mayor atención a la pragmática de las traducciones, a la intención práctica y a los destinatarios directos que originaron en un momento dado que una obra literaria o un escrito de otro género se trasladara de una lengua a otra. Si ningún hecho histórico es inocente, sino que está revestido de significado a lo largo del proceso de contextualización e interpretación realizado por el historiador (Bandia 2006: 48), tampoco la traducción —entendida aquí en sentido amplio como traducción e interpretación— es neutra en lo que respecta a sus causas y efectos. Las circunstancias sociopolíticas y culturales intervienen en la decisión de traducir o no una determinada obra; pero, además, el producto mismo de la traducción puede llegar a conformar un sustrato ideológico y cultural que participa en la construcción de identidades concretas. En los últimos años este poder creativo de la traducción se viene analizando, por ejemplo, en los procesos de independencia latinoamericana (Bastin y Castrillón 2004), en la construcción de identidades culturales y políticas en las antiguas colonias de América, África y Asia (Payàs 2005, House, Martín Ruano y Baumgarten 2005), o en los modos de representación vinculados a los propios imperios coloniales (Cheyfitz 1991, Pratt 1991, Said 2000).

Los estudios postcoloniales, el postmodernismo, el análisis crítico del discurso o los estudios culturales son algunos de los paradigmas actuales de investigación que tienen aplicación directa en la historia de la interpretación. El método de desconstrucción de conceptos y categorías —un procedimiento originariamente filosófico, aunque ha sido utilizado con profusión en la teoría literaria— ha dado también sus frutos en los estudios sobre traducción, aplicado sobre todo a la traducción postcolonial.

En nuestro campo, el de la historia de la interpretación, la desconstrucción puede constituir asimismo un instrumento eficaz de lectura, pues, tanto si hablamos de traducción como de interpretación, se trata de un objeto de estudio particularmente

⁴ V. <http://www.HISTAL.umontreal.ca>.

variable y móvil (Foz 2006: 142). Esa movilidad conceptual del perfil y del término «intérprete» a lo largo de su historia ha venido determinada por las demandas y normas sociales de la época histórica en la que se ha desarrollado dicha práctica cultural, dando lugar a una sorprendente hibridación de funciones que tiene su reflejo en una terminología también cambiante: trujamán, dragomán, lengua, ladino, naguatlato, lenguaraz, faraute, intérprete, traductor, «traductor simultáneo», intérprete jurado, intérprete social, mediador... Este enfoque metodológico tiene la ventaja de permitir observar los objetos de traducción no ya como objetos establecidos y fijados, sino como construcciones o representaciones, estructurados por los investigadores de la traducción en categorías que tienen una historia propia y están basadas en diversos intereses y relaciones de poder (Foz 2006). De ahí que al iniciar esta comunicación hayamos hablado de «historia de la mediación lingüística oral» con la intención de referirnos a una práctica secular, no siempre institucionalizada como profesión, con fronteras poco establecidas, y cuyos perfiles y roles culturales deberán ser acotados en cada caso por el investigador teniendo en cuenta las demandas y normas establecidas en las comunidades donde ha sido ejercida.⁵

Numerosas disciplinas están contribuyendo hoy a esta desconstrucción y reconstrucción del oficio a lo largo de su evolución histórica, lo que aconseja adoptar también enfoques interdisciplinarios para aprovechar las ventajas que cada una ofrece. La imagen ficcional y la imagen profesional del intérprete, su estatus social y las funciones que le son atribuidas por la comunidad en la que ejerce pueden ser deslindadas con ayuda de materiales muy diversos: los documentos de archivo, por supuesto, pero también la huella que ese oficio deja registrada en la literatura, en el cine o en la prensa y otros medios de comunicación. El abanico de temas y contenidos pendientes de investigación es amplísimo, tanto si se aborda a través de periodizaciones históricas, de ámbitos geográficos, o de recorridos diacrónicos de los distintos perfiles profesionales. Algunos de estos temas de investigación, junto con sus fuentes y metodologías correspondientes, han sido ya sugeridos por otros investigadores (Santoyo 2003 y 2006, Baigorri 2006). y ofrecen un terreno vasto y fértil para iniciar con suficiente rigor el camino hacia una historia de la mediación lingüística oral.

Por otro lado, el recurso a la microhistoria para reconstruir el perfil de intérpretes concretos del pasado y/o del presente, lejos de fragmentar esa historia con relatos puramente anecdóticos, tiene la ventaja de presentarnos en miniatura distintas formas de representación histórica de las mentalidades (incluidas las de los grupos de poder), pues se trata de perfiles estrechamente vinculados a las sociedades y sistemas normativos que les han visto nacer y que «jamás están exentos de contradicciones» (Chartier 1994: 90). Aunque a escala reducida, deben permitirnos, pues, un acceso más enriquecedor, con más elementos de juicio, a los procesos colectivos de construcción de identidades y a la evolución de la propia profesión. El tejido de esas microhistorias podemos encontrarlo en elementos muy variados: archivos sonoros, actas de reuniones de organizaciones internacionales, crónicas y relatos personales, autobiografías y memorias de protagonistas de algunos acontecimientos históricos, documentos de archivos, etc. Todos ellos añaden una luz indirecta al foco principal de la investigación y facilitan el anclaje de la historia individual reconstruida por el investigador en el contexto social, político e ideológico que le es connatural.

⁵ El título de la obra recién publicada por Tymoczko (2006) abunda en este mismo aspecto: *Enlarging Translation, Empowering Translators*.

4. Pertinencia académica y social

Las reflexiones que acabamos de hacer sobre cuestiones metodológicas apuntan en último término al valor cultural e ideológico que tiene la mediación lingüística, más allá de su papel transmisor de información. Es éste un elemento indisoluble de la práctica y por eso nos parece que debe incorporarse «de oficio» a la formación de intérpretes en los centros universitarios, donde —dicho sea de paso— se da una orientación eminentemente práctica, al menos en nuestro país.

Las disciplinas que tratan sobre la historia y la evolución de cada profesión están presentes naturalmente en la mayoría de los estudios universitarios (medicina, bellas artes, derecho, filosofía, física, literatura, matemáticas, etc.). En el caso de la mediación lingüística oral, su justificación teórica parece innecesaria por varios motivos. En primer lugar, porque la historia de nuestras culturas es ella misma una historia híbrida, llena de mestizajes y por lo tanto mediada desde el punto de vista escrito y oral. En segundo lugar, porque las identidades culturales también han sido construidas a través de la traducción, de tal modo que su función no se limita a las cuestiones puramente lingüísticas sino que comunica sobre todo visiones distintas del mundo.

La tipificación de este oficio no ha sido lineal a lo largo de la historia, más bien ha estado y sigue estando sujeta a numerosos vaivenes. Las vicisitudes que ha atravesado para conseguir en distintas épocas y lugares que se regulara su ejercicio profesional tienen su reflejo en la mayoría de las fuentes historiográficas que hemos mencionado antes. Su tipificación académica en la formación superior ha sido, además, bastante tardía: las primeras escuelas de intérpretes surgen en Europa a mediados del siglo xx y en España no las ha habido hasta prácticamente la década de 1990. Tal vez por ese motivo, a día de hoy la presencia de materias relacionadas con la historia de la mediación lingüística en un sentido amplio (traducción, interpretación, mediación) es aún minoritaria en nuestras universidades. En aquellos centros que han decidido incorporarla a sus planes de estudios tiene el rango de una materia optativa y, en lo que concierne a la historia de la interpretación, su presencia resulta meramente testimonial (sólo figura en la Autónoma de Madrid con el título «Historia de las prácticas de la Interpretación»).

Sin embargo, estos estudios permitirían a los futuros intérpretes descubrir la identidad del mediador oral a lo largo de una larga evolución histórica y comprender así los distintos perfiles que el intérprete ha ido adoptando de acuerdo con las demandas sociales de determinados momentos históricos. En este contexto más global cobra sentido, por ejemplo, el camino recorrido hacia la especialización tanto en las técnicas (pensemos en la deslocalización de la interpretación simultánea gracias a la videoconferencia) como en las modalidades de la interpretación (la larga historia de la interpretación de tribunales), o el renacer de la interpretación en los servicios públicos en nuestra sociedad occidental, una práctica, por otro lado centenaria, que ha estado presente en todos aquellos periodos marcados por la interculturalidad. Su inserción en ese escenario histórico concreto con el que se ha visto obligado a interactuar, respondiendo a sus necesidades y adaptándose a unas exigencias de mercado muy variables, explica el predominio de unas modalidades de interpretación sobre otras.

De modo que la historia del oficio está lejos de exhibir un trazado homogéneo; sus etapas no son uniformes y a lo largo de su recorrido se observan crisis de identidad vinculadas a los grandes giros copernicanos de esta historia. La más reciente de estas crisis es la del intérprete en los servicios públicos, motivada hoy por la confluencia de tensiones conflictivas entre las distintas esferas profesionales, institucionales e interpersonales (Hale 2005: 14). Otra cuestión emparentada con ésta, y con repercusiones importantes en la práctica del oficio, es la de los distintos roles profesionales e ideológicos desempeñados por el mediador lingüístico y, de ahí, su estatus y su consideración social en el entramado de cada época (*insider/outsider*). Pero entramos ya aquí en el terreno de la pertinencia social al que vamos a referirnos antes de concluir estas líneas.

Las carencias de comunicación que se reflejan hoy en los fenómenos de globalización e inmigración muestran claramente que el idioma es la primera barrera que entorpece el diálogo intercultural. En otro lugar (Alonso 2006) nos hemos referido ya a la pertinencia social de la historia de la mediación lingüística oral, por ejemplo, a la hora de abordar cuestiones de actualidad como las que plantea hoy la integración de la población inmigrante en la España contemporánea. En ese mismo marco se sitúa también el proyecto I+D (2006-08), *Estudio contrastivo de las dificultades de mediación lingüística y cultural: experiencia histórica y nuevos retos en la Europa contemporánea: España, Italia, Alemania*, que desarrolla en este momento el equipo de intérpretes e investigadores de la Universidad de Salamanca en colaboración con otras universidades europeas y americanas. Nuestro punto de partida es la convicción de que el conocimiento de las soluciones diseñadas en otras épocas, culturas y países para facilitar la comunicación entre grupos lingüísticos heterogéneos ha de ayudarnos a identificar mejor las demandas de una sociedad —la occidental, que es la nuestra, pero también la sociedad globalizada en la que todos estamos inscritos— cada vez más multilingüe y multicultural. De este modo, comparando los nuevos desafíos con los viejos problemas que ya se han planteado, será posible ofrecer respuestas eficaces que eviten repetir errores ya conocidos.

En lo que respecta a los flujos migratorios, mayoritariamente económicos, que están cambiando hoy el perfil de las sociedades occidentales, este nuevo y masivo viaje hacia lo desconocido plantea múltiples interrogantes para el contacto y la integración entre culturas. Pero quizá el viaje no es tan nuevo ni tan desconocido si miramos hacia atrás en el tiempo: por supuesto hacia las circunstancias políticas y económicas de la posguerra española y de la reconstrucción europea tras la segunda guerra mundial, cuando España se convirtió en una de las principales fuentes de emigración hacia Europa y América. Pero las lecciones de la historia se remontan incluso varios cientos de años atrás: el siglo de los Descubrimientos trasladó Europa hasta las civilizaciones americanas, africanas y asiáticas, cuyas lenguas, culturas y religiones empezaron provocando asombro y terminaron en algunos casos —el más notable es el del continente americano— hibridadas con las europeas.

La dirección del viaje parece haberse invertido transportando esta vez a esas mismas culturas hasta Occidente. La acelerada globalización vivida en las últimas décadas nos ha proporcionado una lengua franca, el inglés, en la que muchos —no todos, ni todos con el mismo grado de eficacia— pueden comunicarse. Pero hay también voces nuevas: otras lenguas como el árabe, el chino, el búlgaro o el urdu, con las que la comunicación

disto mucho de ser fluida. Vuelve a haber elementos culturales novedosos, como el componente islámico, que en la actual coyuntura política y social se resiste a la uniformización social y cultural, y provoca todo tipo de recelos y desconfianzas. Existe además un fuerte componente de desigualdad social que confiere a estos movimientos migratorios unas características propias, distintas de las de aquellas empresas de exploración y conquista a las que se lanzó Europa en los siglos xv y xvi.

Sin embargo, la función del intérprete sigue teniendo hoy la misma relevancia para facilitar los intercambios políticos, sociales y culturales, y su eficacia depende en gran medida de su mayor o menor profesionalización y de su nivel de adaptación a las exigencias de esta nueva coyuntura social. La historia de la mediación lingüística enseña que los problemas de comunicación interlingüe e intercultural son universales, que se han planteado con machacona insistencia en periodos y culturas muy heterogéneos, y —más importante desde un punto de vista pragmático— nos pone ante la vista una batería de soluciones lingüísticas que sí han funcionado y otras que han fracasado. Por eso nos parece pertinente una historia de la mediación lingüística oral: su interés no está en reivindicar una eventual función ética de la historia basada en su papel formador y educador; se trata, en definitiva, de recuperar aquellas otras formas de descubrir e integrar con éxito la alteridad y de reactualizarlas adaptándolas a la situación presente.

En el intercambio permanente entre los europeos y sus ‘otros’ inaugurado hace quinientos años, la única idea que apenas ha cambiado es la de que hay un ‘nosotros’ y un ‘ellos’. (Said 2000: 28. Nuestra traducción).

Bibliografía citada

- Alonso, I. (2006). «Nuevos desafíos y viejos problemas: algunos antecedentes históricos de la mediación lingüística y la interculturalidad en la España contemporánea». En C. Valero y F. Raga (coords.). *Retos del siglo XXI en comunicación intercultural: nuevo mapa lingüístico y cultural de España*. Monografía de *Revista española de lingüística aplicada* 1. 15-28.
- Alonso, I. y J. Baigorri. (2005). «Iconography of Interpreters in the Conquest of the Americas». *Translations and Representations. Exploring the Hispanic World I* 17/1. 129-155.
- Aróstegui, J. (2004). *La historia vivida. Sobre la historia del presente*. Madrid: Alianza Editorial.
- Arellano, I. y F. del Pino (2004). ***Lecturas y ediciones de crónicas de Indias. Una propuesta interdisciplinaria***. Madrid: Iberoamericana-Vervuert.
- Baigorri, J. (2000). *La interpretación de conferencias: el nacimiento de una profesión. De París a Nuremberg*. Granada: Comares.
- Baigorri, J. (2004). *Interpreters at the United Nations: a history*, Salamanca, Universidad de Salamanca.
- Baigorri, J. (2006). «Perspectives on the History of Interpretation: Research Proposals». En G. L. Bastin y P. F. Bandia (eds.). *Charting the Future of Translation History*. Ottawa: University of Ottawa Press. 101-110.
- Bandia, P. F. (2006). «The Impact of Postmodern Discourse on the History of Translation». En G. L. Bastin y P. F. Bandia (eds.). *Charting the Future of Translation History*. Ottawa: University of Ottawa Press. 45-58.
- Bastin, G. (2003). «Por una historia de la traducción en Hispanoamérica». *Íkala* 8/14. 193-217. También en: <http://www.histal.umontreal.ca/espanol/versionsp.htm>.
- Bastin, G. y E. Castrillón (2004). «La *Carta dirigida a los españoles americanos*, una carta que

- recorrió muchos caminos...». *Hermeneus* 6. 276-290. También en línea en <http://www.histal.umontreal.ca/espanol/versionsp.htm>.
- Chartier, R. (1998). *Au bord de la falaise. L'histoire entre certitudes et inquiétudes*. París: Albin Michel.
- Cheyfitz, E. (1991). *The Poetics of Imperialism. Translation and Colonization from The Tempest to Tarzan*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press.
- Febvre, L. (1982). *Combates por la historia*. Barcelona: Ariel. [Trad. de F. J. Fernández Buey y E. Argullol.]
- Fossa, L. (2006). *Narrativas problemáticas. Los inkas bajo la pluma española*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú - Instituto de Estudios Peruanos.
- Foz, C. (2006). «Translation, History and the Translation Acholar». En G. L. Bastin y P. F. Bandia (eds.). *Charting the future of translation history*. Ottawa: University of Ottawa Press. 131-144.
- Greni, E. (1977). «Micro-analisi e storia sociale». *Quaderni storici* 39/86. 539-549.
- Hale, S. (2005). «The Interpreter's Identity Crisis». En J. House, R. Martín Ruano y N. Baumgarten (eds.). *Translation and the Construction of Identity*. Seúl: IATIS. 14-29.
- Lafarga, F. y L. Pegenaute. (eds.). (2004). *Historia de la traducción en España*. Salamanca: Ambos Mundos.
- Payàs, G. (2006). «Nationalism Studies Applied to a Register of Mexican Colonial Translations. Interim Report». *Translations and Representations. Exploring the Hispanic World II* 18/1. 13-32.
- Pratt, M. L. (1992). *Imperial Eyes: Travel, Writing and Transculturation*. Londres: Routledge.
- Ricoeur, P. (1985). *Temps et récit, III. Le temps réconté*. París: Seuil.
- Said, E. W. (2000). *Culture et impérialisme*. París: Fayard - Le Monde diplomatique. [Trad. de Paul Chemla.]
- Santoyo, J.-C. (2003). «Un quehacer olvidado: los intérpretes-traductores de navíos». En B. Lépinette y A. Melero (eds.). *Historia de la traducción*. Valencia: Universitat de València. 1-21.
- Santoyo, J.-C. (2004). «La Edad Media». En F. Lafarga y L. Pegenaute (eds.). *Historia de la traducción en España*. Salamanca: Ambos Mundos. 23-174.
- Santoyo, J.-C. (2006). «Blank Spaces in the History of Translation». En G. L. Bastin y P. F. Bandia (eds.). *Charting the future of translation history*. Ottawa: University of Ottawa Press. 11-43.
- Tymoczko, M. (2006). *Enlarging Translation, Empowering Translators*. Manchester: St. Jerome.